

ANGEL C. VICUÑA



III

DISCURSO

Pronunciado en la Gran Convención
de Talca por el Delegado de los Departamentos de Elqui y Ovalle
el 5 de noviembre de 1893

Edición obsequiada al autor por jefes del ejército leal



SANTIAGO DE CHILE
IMPRENTA Y ENCUADERNACION BARCELONA

Moneda, entre Estado y San Antonio

1893



DESEOSOS de dar á la edición que del discurso pronunciado por el señor Angel C. Vicuña en la Convención de Talca, compaginamos, todo el realce que merece, nos hemos dirigido á uno de nuestros más eruditos literatos, pidiéndole nos dé una reseña crítica de esta notable pieza. Nuestro amigo, accediendo galantemente á nuestra solicitud, nos envía la carta que á continuación reproducimos, la que creemos complacerá á los más exigentes aficionados á la crítica literaria.

Señor Don.....

«Me pide usted un artículo crítico que, á modo de prefacio, pueda servir para la elegante impresión que del discurso pro-

nunciado por don Angel C. Vicuña en la Convención de Talca, usted y sus amigos preparan.

«Bien quisiera complacer á usted y nada habría para mí más grato que esta tarea; pero ni es bastante el tiempo que para ello puedo disponer, ni suficiente la preparación y competencia que usted bondadosamente me atribuye.

«Pero ya que es menester satisfacer los deseos de usted lo haré siquiera en parte, limitando mi cometido á unas cortas y no coordinadas líneas, que reflejan mis impresiones sobre la pieza que usted me envía y cuya resonancia había ya alcanzado hasta mi habitual retiro.

«Desde luego adelantaré á usted que hace ya largos años la producción literaria de nuestros hombres políticos está como atrofiada. No se advierte ya lucir en nuestras Cámaras la donosura de estilo de los Arteagas, la robusta entonación de los Lastarria y Tocornal, ni la alteza de la mente de los Montt, Santa María y tantos otros que constituyen la edad de oro de nuestra elocuencia parlamentaria.

«En la cátedra sagrada la decadencia ha sido todavía más sensible, y apena el ánimo tener que recordar los nombres de los Valdivieso, Salas, Taforó, Irineo de Monza, para contraponerlos á los que hoy con tanta osadía y en desmedro de los intereses religiosos, han como asaltado los púlpitos de nuestros templos.

«Preferible es callar respecto del concepto que nos merece esa novísima oratoria que á menudo indigesta nuestros banquetes, como asimismo de la que suele lucir sus pomposas galas al borde de la tumba de nuestros hombres públicos. Esta última, sobre todo, acusa tan desastrosa decadencia que al-

canza ya los límites de lo absurdo, cuando no del más estrepitoso ridículo. Felices los que mueren en el Señor... y en el silencio.

«He conceptuado indispensable esta salvedad antes de entrar al ligero análisis del discurso que usted me ha enviado y cuya interesante lectura ha sido para mí un verdadero respiro.

«Forma y fondo están en él admirablemente aunados para seducir el corazón, el pensamiento y el oído. Campea en ese discurso un *ordenado desorden* que cautiva desde su comienzo y nos conduce de emoción en emoción hasta sus últimas líneas.

«Hay en su estilo, un sabor clásico en que el vigoroso período castellano se entrelaza con la nerviosa y ática forma francesa de la más entonada extirpe. La gradación siempre creciente del sentimiento, de las imágenes, de la intensidad del pensamiento y de todos esos otros secretos y resortes que se escapan al análisis, está artísticamente consultada.

«Debo confesar á usted paladinamente los recelos que me asaltaron cuando vi que á poco andar, el orador remontaba el vuelo de su discurso, y ya me sospechaba el acostumbrado vuelco de los que imprudentemente olvidan, como Icaro, la firmeza de sus alas.

«Pero, nada. Yo me sentía ascender de cumbre en cumbre, sacudido siempre por nuevas y más fuertes emociones, hasta que, poniéndome involuntariamente de pie, como la Asamblea que lo escuchara, dejé caer el diario de mis manos exclamando ;*Bravo! ;Bravo!*

«Por un mal entendido ruber ocultaba á usted un detalle

íntimo. Cuando tomé nuevamente el papel entre mis manos, noté que estaba humedecido.

«Y ¿por qué había llorado?»

«No fluyen fácilmente las lágrimas cuando algunos inviernos oprimen y enarcan nuestras espaldas!

«Quise vengarme de esta *sensiblería* y ya más calmado y tranquilo, armado contra mí mismo, emprendí, escalpelo en mano, la segunda lectura del discurso.

«Vano intento. Fui por segunda vez vencido.

«¡Qué de gallardía en las formas, cuánta cadencia y armonía en cada una de sus frases! La pompa de nuestra incomparable lengua castellana manejada con exquisita maestría, sólo es alguna vez eclipsada por la intensidad del sentimiento y la profundidad de la idea.

«Ha sido para mí una reveladora novedad el arte inimitable con que el señor Vicuña ha sabido compaginar su discurso, fundiendo en una absoluta unidad materias que parecían no armonizarse. Doctrinas, ideas, sentimientos, imágenes se entrelazan allí, vigorizándose recíprocamente y produciendo un conjunto admirable que hace vibrar unísonos el corazón y el cerebro.

«Así se explica, querido amigo, el por qué de las hondas impresiones, de los fuertes sacudimientos que usted y sus compañeros de Convención, experimentaron al oír al señor Vicuña. Son efectos de la soberanía del arte que nos subyuga con su magia para enaltecernos después á las regiones de lo bueno, de lo noble y de lo bello.

«Y esto debían comprenderlo una vez por todas, los que en esferas distintas, se dedican al magisterio de la palabra. Esta,

sin la concepción artística en su expresión más genuína y elevada, poco ó nada puede, y es inútil que un grosero realismo pretenda hoy desconocer esta eterna y consoladora verdad.

«Estimo fuera de propósito seguir la acostumbrada senda de detallar las bellezas de toda composición que analizamos. Indicadas están á la vista del lector, y si no las encontrara á cada paso en este discurso, en su culpa llevará su castigo. Que castigo es, y no pequeño, el ser insensible á los ideales que encarna siempre una concepción artística.

«Pero resarciré á usted de esta voluntaria é intencionada omisión, refiriéndole hasta qué punto ha llegado mi escrupulosidad para darme cabal cuenta de las impresiones que me ha procurado el trabajo que analizo.

«Después de leerle por tercera vez, me dirigí á un probado amigo, á quien el vendaval revolucionario mantiene hoy alejado de la magistratura que por largos años y con notable acierto desempeñara.

«Expúsele mi curiosidad, á la que pronto satisfizo en los términos que aproximadamente consigno:

«Nunca creí que la política pudiera prenderme entre sus redes. Por carácter, por profesión, por gusto, me mantuve siempre alejado de sus turbias corrientes y puedo asegurarle que el primer acto que he presenciado de este género es el de la Convención de Talca.

«No hace al caso el que manifieste á usted el efecto que me produjo este grandioso espectáculo nunca por mí sospechado.

«Fué en la tercera de sus sesiones cuando cupo hablar al señor Vicuña, en presencia de ciento sesenta delegados y de un

público que no bajaría de mil personas, entre las cuales figuraba una centena de señoritas de las más distinguidas de la sociedad de Talca, que, movidas de la curiosidad y entusiasmo, se agrupaban en los salones que rodean el extenso patio en que aquella vez celebraba sus sesiones la Asamblea.

«Cuando el señor Vicuña se puso de pie para dirigirse á la tribuna, se produjo un prolongado silencio. Ningún aplauso saludaba al orador; pero se sentía cierto estremecimiento de visible curiosidad en toda la vasta sala.

«Correctamente vestido, con una posesión de sí mismo no afectada, sin otro síntoma que transparentara sus emociones, que esa palidez de mujer que da á su fisonomía varonil un extraño y simpático realce, dejó caer sobre la pequeña mesa que tenía á su espalda los originales de su discurso y sin más preocuparse de ellos, se dirigió á la Asamblea.

«Su primera frase ya dispuso á ésta favorablemente. Con el tino de un veterano de la tribuna nos hizo consentir que sus ideas, sus pensamientos los tomaba de nosotros mismos, identificándose de esta suerte con la reunión.

«Por otra parte, hay en ciertos timbres de la voz del hombre algo que seduce y atrae, y que hace de la palabra humana el instrumento más grato y melodioso de la naturaleza.

«El orador supo manejar ese instrumento con una maestría consumada, dando al extenso diapason de su voz todos los variados tonos que consentía el discurso.

«Los aplausos no se dejaron esperar. El entusiasmo redoblabla y como una ola invisible agitaba la asamblea. Estábamos rendidos á discreción.

«Pero no era ya el metal de su voz, ni las correctas formas

de la acción del señor Vicuña las que nos cautivaban, sino la novedad de la frase, la fuerza del pensamiento, la variedad de las imágenes, la intención del discurso que nos hacía apretarnos en nuestros asientos, levantarnos, suspender el aliento, para traducir en seguida las emociones de nuestras almas con una tempestad de aplausos y aclamaciones.

«Se había realizado allí un fenómeno nuevo para mí. Un fluido misterioso á todos nos penetraba, y como en apretado lazo había formado una sola entidad de todos los concurrentes. Nos agitábamos, aplaudíamos, llorábamos como si fuéramos un solo hombre, y á un sólo y espontáneo impulso. ¿Estábamos hipnotizados?

«He pretendido después explicarme la causa de estas impresiones y he creído encontrarla,—los méritos del orador á parte—en la composición misma de la asamblea. Todos habían llegado á ella ó de las cárceles ó del destierro, ó después de experimentar una de esas sangrientas caricias de nuestros revolucionarios redentores. El vínculo del dolor á todos nos estrechaba.

«El arte del señor Vicuña consistió para mí en armonizar su discurso con esta situación. Hay en todo él una tristeza indefinible, una sombría queja que se hermanaban con los sentimientos de angustia que durante este último tiempo ha sido el patrimonio único de nuestras almas. Víctima escogida, el orador mismo, de la saña revolucionaria, no le fué difícil hacer germinar en nuestros espíritus ya predispuestos, los mismos dolores que visiblemente trabajaban su interior. Este ha sido para mí el secreto de su triunfo.»

«Perfectamente, observé á nuestro amigo, convengo con

público que no bajaría de mil personas, entre las cuales figuraba una centena de señoritas de las más distinguidas de la sociedad de Talca, que, movidas de la curiosidad y entusiasmo, se agrupaban en los salones que rodean el extenso patio en que aquella vez celebraba sus sesiones la Asamblea.

«Cuando el señor Vicuña se puso de pie para dirigirse á la tribuna, se produjo un prolongado silencio. Ningún aplauso saludaba al orador; pero se sentía cierto estremecimiento de visible curiosidad en toda la vasta sala.

«Correctamente vestido, con una posesión de sí mismo no afectada, sin otro síntoma que transparentara sus emociones, que esa palidez de mujer que da á su fisonomía varonil un extraño y simpático realce, dejó caer sobre la pequeña mesa que tenía á su espalda los originales de su discurso y sin más preocuparse de ellos, se dirigió á la Asamblea.

«Su primera frase ya dispuso á ésta favorablemente. Con el tino de un veterano de la tribuna nos hizo consentir que sus ideas, sus pensamientos los tomaba de nosotros mismos, identificándose de esta suerte con la reunión.

«Por otra parte, hay en ciertos timbres de la voz del hombre algo que seduce y atrae, y que hace de la palabra humana el instrumento más grato y melodioso de la naturaleza.

«El orador supo manejar ese instrumento con una maestría consumada, dando al extenso diapasón de su voz todos los variados tonos que consentía el discurso.

«Los aplausos no se dejaron esperar. El entusiasmo redoblaba y como una ola invisible agitaba la asamblea. Estábamos rendidos á discreción.

«Pero no era ya el metal de su voz, ni las correctas formas

de la acción del señor Vicuña las que nos cautivaban, sino la novedad de la frase, la fuerza del pensamiento, la variedad de las imágenes, la intención del discurso que nos hacía apretarnos en nuestros asientos, levantarnos, suspender el aliento, para traducir en seguida las emociones de nuestras almas con una tempestad de aplausos y aclamaciones.

«Se había realizado allí un fenómeno nuevo para mí. Un fluido misterioso á todos nos penetraba, y como en apretado lazo había formado una sola entidad de todos los concurrentes. Nos agitábamos, aplaudíamos, llorábamos como si fuéramos un solo hombre, y á un sólo y espontáneo impulso. ¿Estábamos hipnotizados?

«He pretendido después explicarme la causa de estas impresiones y he creído encontrarla,—los méritos del orador á parte—en la composición misma de la asamblea. Todos habían llegado á ella ó de las cárceles ó del destierro, ó después de experimentar una de esas sangrientas caricias de nuestros revolucionarios redentores. El vínculo del dolor á todos nos estrechaba.

«El arte del señor Vicuña consistió para mí en armonizar su discurso con esta situación. Hay en todo él una tristeza indefinible, una sombría queja que se hermanaban con los sentimientos de angustia que durante este último tiempo ha sido el patrimonio único de nuestras almas. Víctima escogida, el orador mismo, de la saña revolucionaria, no le fué difícil hacer germinar en nuestros espíritus ya predispuestos, los mismos dolores que visiblemente trabajaban su interior. Este ha sido para mí el secreto de su triunfo.»

«Perfectamente, observé á nuestro amigo, convengo con

sus apreciaciones; pero éstas no son del todo completas. ¿Cómo explicarse de otra suerte que la lectura de este discurso haya producido en lectores extraños, los mismos pronunciados afectos que ustedes al oírlo experimentaron?

«El triunfo, es, amigo mío, del arte que en todo él predomina, de la verdad de los sentimientos, de la profundidad y fuerza del raciocinio de la grandilocuencia de que esa pieza es un acabado tipo.

«La revolución está en ella contemplada bajo una faz nueva y estrechados sus promotores hasta en sus últimos reductos. La sangrienta farsa ha sido desenmascarada. Ese discurso no tiene réplica y desafiamos que la produzcan á nuestros adversarios.

I. V. R.





DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL SR. ANGEL C. VICUÑA
EN LA CONVENCION DE TALCA



SEÑORES:

CUÁNTOS significativos contrastes se agolpan á mi espíritu al traducir mis pensamientos é impresiones ante esta imponente asamblea!

Cómo se agrupan y batallan en mi interior las ideas y concepciones friamente meditadas, con los anhelos del corazón que quiere olvidarlo todo, desaprenderlo todo, por adivinar de vosotros mismos lo que deba decir y expresar, buscando en los sentimientos que visiblemente os agitan y conmueven, sus propios sentimientos, y bebiendo su inspiración en las grandes emociones que despierta el solemne espectáculo que presenciamos! (*Aplausos*).

Había asistido á brillantes reuniones políticas y participado de los variados afectos que las dominan y exaltan, á grandes asambleas públicas removidas por el oleaje de encontradas pasiones, y me había sentido arrastrado por su embriagador bullicio, sus dramáticas peripecias y el caluroso ambiente que les daban movimiento y vida.

Pero el cuadro que hoy se ofrece ante mis ojos, es nuevo, único en la historia de nuestras luchas republicanas. (*¡Bien! Aplausos*).

Yo quisiera que alguno de nuestros más porfiados adversarios, después de haber concurrido á una de esas tumultuosas fiestas que se sucedieron al triunfo de la revolución, en las que la embriaguez, el vértigo que produce una victoria no esperada ni merecida, desequilibrando sus espíritus, les hiciera olvidar todo noble sentimiento, y hasta esos generosos impulsos de que tan pródiga fué la naturaleza ante los grandes infortunios, penetrara hoy en este recinto, y os aseguro que al presenciar el patriótico recogimiento que aquí domina, al contemplar la tranquila é imponente dignidad de esta asamblea, al leer en vuestros semblantes, conjuntamente con las dolorosas huellas de un prolongado martirio, los generosos anhelos que abrigáis por esta patria que fué siempre nuestra gloria y nuestro orgullo, os aseguro, digo, que en lo íntimo de su sér sentiría despertarse una acusadora idea y allá en el fondo de su conciencia un torcedor extraño, un amargo remordimiento que trabajarían cruelmente su espíritu. (*Aplausos calurosos, bravos*).

Pero su asombro subiría de punto si al presenciar nuestros tranquilos debates, se penetrara de que nuestros ideales de

ayer, cuando nos sonreían el poder y la fortuna, son nuestros ideales de hoy, después de haber soportado todas las injurias de la suerte, cuando, clareadas nuestras filas, el dolor y la desgracia parece que han sentado á firme su campamento en nuestros hogares. (*Profunda sensación que se resuelve en grandes aplausos*).

Su asombro no tendría límites al convencerse de que hemos llegado aquí, no á contar nuestros agravios ni á alentar propósitos de una quizás legítima venganza, sino á deponer ante el altar de la Patria nuestros justificados resentimientos; á recomponer nuestros viejos tercios, no para lanzarlos al campo siempre vedado de la violencia, sino á otro más glorioso y fructífero: el del deber y del derecho en que sólo deben batirse las grandes democracias; (*grandes aplausos*) de que hemos llegado aquí á levantar de nuevo nuestra plegada bandera, nuestros mutilados estandartes que durante cincuenta años dieron sombra á nuestra prosperidad y grandeza; y á proclamar, en fin, esos grandes y salvadores principios de orden, de respeto á la ley y á nuestras instituciones que tanto exaltaron á nuestra Patria, colocándola en el primer rango de las naciones americanas. (*Repetidas aclamaciones*).

Cuando esto viera y presenciara, os aseguro de nuevo, que del fondo de su espíritu turbado se escaparía involuntariamente ese grito formidable y honrado que resuena aún en todos los ámbitos del país, como la fórmula de una condenación, como el eco concentrado de un terrible anatema; ese grito que encierra en sí la síntesis completa del pensamiento de todo un pueblo y que acogerá la posteridad con profunda tristeza, como el fallo anticipado de la justicia histórica —el

grito de Guillermo Puelma: —NOS HEMOS EQUIVOCADO: (*Aclamaciones prolongadas. La asamblea viva al orador con entusiasmo frenético*).

Equivocación desesperante, señores, que no reconoce igual en los anales de ningún pueblo, que nos importa cincuenta años de retroceso en nuestra vida nacional, diez mil cadáveres, y la vergüenza de haber ofrecido á la humanidad y á la civilización un espectáculo sin nombre! (*Sensación, aplausos comprimidos*).

Equivocación terrible, que removi6 é hizo brotar del cieno las pasiones más abyectas, los odios, las venganzas implacables, todos los innobles apetitos que fermentan impotentes en la vida tranquila y normal de las sociedades humanas; pero que á favor de sus trastornos y convulsiones, salen á luz para exhibirse en toda su repugnante deformidad. (*¡Bravo! Cierta! grandes aplausos*).

Equivocación monstruosa que ha procurado dar á la sociabilidad chilena, una fisonomía más triste, si cabe, que la de aquellas legendarias familias griegas que la musa de la antigüedad trágica ofreciera como un doloroso ejemplo de la perversidad humana!

Equivocación, en fin, que, introduciendo una profunda perturbación moral en los espíritus, ha desviado el país de sus grandes destinos; á los partidos de su fe, de sus principios, de sus lisonjeros ideales; y á los hombres del respeto mutuo, de la tolerancia y del amor. (*Prolongados aplausos que se prolongan por largo rato*).

Los rumbos están perdidos. Hombres y partidos marchan hoy á tientas por senderos desconocidos y sólo ven en pers-

pectiva un porvenir cargado de sombras, en el que si algún rayo de luz se vislumbra aún, es sólo para que percibamos más palpablemente la densa oscuridad que nos envuelve. (*Sensación*).

De aquí es, señores, que la primera necesidad que se impone hoy al patriotismo de todos los chilenos, es la que vosotros bien habéis sentido y comprendido, al acudir de todos los términos del país á esta gran Convención.

Nuestro edificio social y político ha sido sacudido hasta en sus más hondos cimientos. Están heridos de muerte nuestro progreso material y económico, y las libertades públicas, sin consistencia, sin vida propia, si alientan todavía, es sólo merced al buen querer de una oligarquía que ya también se derrumba. (*Bravos*). La revolución se cierne aún sobre nuestras cabezas. (*Profunda sensación*).

Pero si el porvenir es oscuro, el deber de la hora presente no lo es. (*¡Bravo!*)

Es menester que volvamos á sus hondos cauces las extraviadas corrientes, que nos acojamos á los grandes y salvadores principios de toda sociedad, principios que si con esquivia fortuna defendimos ayer en los campos de batalla, puede que, más felices hoy, levantemos airosos en el campo de los comicios electorales. (*Bravos entusiastas y prolongados*).

Afianzar el orden público sobre bases incommovibles, restablecer el principio de autoridad relajado y quebrantado por los mismos que están hoy encargados de mantenerlo, he aquí la primera y más previsora tarea que debe absorber vuestro patriotismo. (*¡Bien!*)

Sin esta base fundamental, no hay bienestar, no hay progreso, no hay libertad posibles.

Cimentar las libertades públicas sobre la anarquía, es edificar sobre un terreno volcánico. (*Bravos*).

El principio de autoridad es el generador del principio de libertad. (*Aplausos*).

La revolución del noventa y uno al atentar contra el orden consagrado por tantos años de progreso y de bienestar, que había hecho de este país uno de los más felices y prósperos de la tierra, ha sembrado gérmenes de muerte en nuestro mecanismo social y político. (*Honda sensación*).

No fué el Excmo. señor Balmaceda el vencido en los campos de Concón y la Placilla. Fué el Presidente de la República, el Poder Ejecutivo, el principio de autoridad, hasta entonces viviente encarnación de nuestro engrandecimiento nacional. (*Aplausos repetidos interrumpen al orador*).

De aquí la falta de aplomo, el profundo desequilibrio que caracterizan nuestra actual situación y de aquí también los temores y sobresaltos que experimenta la patria. (*Agitación*).

El Poder Ejecutivo, sin responsabilidad, sin vida ni fisonomías propias, ha casi desaparecido de nuestro escenario político, y si aun conserva su tradicional nombre, es sólo para traer á nuestra memoria el doloroso contraste de lo que fué y de lo que es. (*Grandes aclamaciones.*)

¿Puede esto durar? ¿Puede mantenerse, prolongarse esta situación?

Si falta la piedra angular que nuestros viejos patricios labraran á costa de tantos esfuerzos y sacrificios, para colocarla

como firme fundamento de nuestro edificio constitucional ¿qué podemos prometernos del porvenir?

Era ella, no sólo el inquebrantable asiento en que descansaba el orden público, sino también el formidable escudo de nuestra honradez y probidad administrativas, (*¡bravo!*) el baluarte inexpugnable de nuestro honor nacional, de nuestras glorias patrias que el Poder Ejecutivo había sabido mantener en toda su fuerza y brillo. (*Nutridos aplausos.*)

Esto os dará la segura clave, señores, del por qué todas las corrientes malsanas, largo tiempo contenidas, aunaron sus esfuerzos, redoblaron su empuje para derribarla; del por qué se fraguó contra ella esa vasta y tremenda conspiración de elementos que nada tenían de afines entre sí, si no es el sórdido interés que á todos caracterizaba. (*Gran movimiento en la Asamblea. Aplausos.*)

Esa piedra ha sido al fin derribada!

No pudo resistir al violento embate de sus terribles zapadores, y la obra gigantesca que sustentara por medio siglo amenaza desplomarse. (*Aplausos prolongados.*)

La ola corruptora, vencido ya el obstáculo, todo lo invade: el edificio de nuestra administración pública cruje al peso de una inmoralidad sin ejemplo, y los ángeles que velaron siempre por los destinos de este país, que invisibles, condujeron por el océano y el desierto nuestras armadas y ejércitos de victoria en victoria; los ángeles que nuestras tradiciones populares nos representaran vestidos con nuestra bandera como de vistoso ceñidor y la fantasía del artista simbolizara en el lienzo coronando la efigie de la Patria, al ver hoy por primera vez en nuestra historia man-

cillada nuestra honra internacional, han dejado caer los laureles de sus manos, para cubrirse el rostro con sus alas. (*Profunda agitación. Bravos y vivas que se prolongan largo tiempo.*)

Señores, la cobardía no fué jamás condición de mi espíritu. En una ya larga y tormentosa vida más de una vez busqué y amé el peligro; y si lo encontré algún día en mi camino, no me he sentido palidecer; pero ahora, lo confieso ingenuamente, tengo miedo. (*Ansiedad.*)

Es que hay y vive en mí un sentimiento que es como mi segunda naturaleza; un amor que en todo tiempo se sobrepuso en mi corazón á todos los amores; una pasión que triunfó siempre en mi espíritu, de todos los egoísmos é intereses, que nunca me extraviara en mi camino y á la que rendiré hasta el sepulcro un religioso culto: ese sentimiento, ese amor, esa pasión es la Patria. (*Explosión de aplausos. Vivas que se repiten largo tiempo.*)

Sin ellos, apenas si la vida valdría para mí la pena de vivirla. Y es por ella, señores, por su suerte, por su porvenir, que ahora tengo miedo. (*Se renueva la manifestación, interrumpiendo largo tiempo al orador.*)

Me asiste la íntima convicción de que estos temores y sobresaltos son también los vuestros, y que una sola idea, un sólo y generoso propósito os animan en este instante: los de conjurar los peligros que la amenazan. (*Grandes aplausos.*)

Y bien, señores, el primer medio para alcanzar ese resultado, es no desesperar nunca de la Patria, es tener fe en sus inmortales destinos! (*¡Bravo!*)

Al escepticismo que como un licor corrosivo se infiltra en

nuestro organismo político, opongamos los nobles y levantados ideales que en días más felices acariciábamos.

A la descompaginación general que se opera en la administración, en los partidos, en las ideas que sustentaran, opongamos nuestra honradez, nuestra fe en los principios de orden y de libertad y una estrecha unión de todos los buenos que han aquilatado hoy su patriotismo y su virtud en un cruel y prolongado infortunio. (*Aclamaciones.*)

A la siniestra propaganda de principios disolventes que como triste y obligada herencia nos legara la revolución, enfrentemos las viejas doctrinas que durante cincuenta años labraron la prosperidad y grandeza de Chile. (*Se renuevan los aplausos.*)

A los que han levantado el principio revolucionario como bandera de partido, echando mano del derecho de resistencia armada como de un procedimiento político cualquiera, recordémosles que sus actos y doctrinas importan un desconocimiento absoluto del derecho público de todos los tiempos, un reto audaz á la civilización moderna y un atentado contra la conciencia religiosa. (*Grandes aclamaciones. Prolongada agitación en la asamblea.*)

La resistencia armada contra un poder de derecho, no es lícita. Sólo puede ejercitarse en circunstancias excepcionalísimas y perfectamente calificadas.

No basta que un partido, que una corriente de opinión, por poderosa que sea, caractericen de tiránico á un gobierno, para legitimar una revuelta. Aun en el caso de que este quebrante visiblemente una ó más leyes políticas, el principio revolucionario, llevado al acto, no es justificado.

Para que el derecho de resistencia pueda ser ejercitado legítimamente, es menester que la autoridad, saliendo del dominio público que es su esfera de acción propia, invada el dominio privado, atentando contra la vida, la propiedad de los ciudadanos, el honor y la paz de las familias ó los derechos inalienables de la conciencia. (*¡Muy bien! aplausos estrepitosos.*)

Levantarse en armas por una simple cuestión doctrinaria, por una competencia é interpretación dudosa de facultades constitucionales, por un mentido anhelo de libertad electoral, es consumir el más odioso de los atentados, un verdadero crimen que la victoria ni el éxito de las armas jamás podrán justificar. (*Grandes manifestaciones y vivas al orador que se repiten largo rato.*)

Es en vano que un tardío remordimiento exhiba hoy más poderosas causales. Todas ellas, si existieron, fueron posteriores al acto revolucionario y su inevitable y dolorosa consecuencia. (*Se renuevan las manifestaciones.*)

Otro de los principios demoledores que el programa revolucionario levantó como enseña de combate, y que hoy pesa sobre el país como una amenaza sangrienta, es el que consagra la facultad deliberativa de la fuerza armada.

Exhibir esta monstruosidad es contestarla.

Jamás un precepto fué más claro y explícitamente estampado en un código, que el que á este respecto consigna nuestra Carta Fundamental.

Hasta el 7 de enero de 1891, ningún hombre público en Chile, ninguno de los comentadores de nuestra Constitución política habían trepido siquiera en darle su único alcance y significación.

Todas las Constituciones de los países civilizados, con excepción de uno sólo, lo consignan casi en los mismos términos que la nuestra, habiendo permanecido invariable su sentido y extraño á toda dudosa interpretación.

Se ha pretendido encontrar en el art. 148 de nuestro Código fundamental, un conflicto de deberes entre el precepto que él entraña y los que la ley natural prescribe á todo hombre de no enajenar su conciencia libre.

Pero ¡ese conflicto no existe. La línea de conducta está perfectamente demarcada para la conciencia de un militar. Si éste cree en su fuero interno que la autoridad á quien sirve es tiránica, puede resistirla; pero ante todo, fiel á su honor y á su juramento, declinará el mando de la fuerza que la nación le confiara para su defensa, é irá á ingresar como simple ciudadano en las filas de los que, arrostrando todo género de sacrificios, apelan al supremo recurso de las armas. (*¡Muy bien! grandes aplausos.*)

Todo otro procedimiento se confunde con la traición y la perfidia, que puede alguna vez conducir á las alturas del poder; pero jamás á la cumbre de la dignidad y del honor. (*Explosión de aplausos, grandes vivas y aclamaciones.*)

¡Ah, señores! creedme que una de las heridas más profundas que ha recibido la patria, la herencia más triste y funesta que la ha legado la revolución, es la relajación de este principio salvador de los Estados.

No es mi ánimo medir hoy los males que ya ha ocasionado; pero ¿queréis saber los que nos reserva para el porvenir? Escuchadme. (*Sensación.*)

Dos jefes de alta graduación conversan animadamente durante las altas horas de la noche en la cámara de uno de los poderosos buques que comandan, anclados en la rada de Valparaíso. La ciudad está adormida, el mar en calma y la naturaleza toda en reposo, como contrastando con la creciente agitación que remueve el corazón de aquellos dos marinos. (*Profunda ansiedad.*)

¿Qué motiva su exaltación? Un ascenso no concedido, una solicitud denegada, una postergación que juzgan indebida. (*Bravos.*)

Agita uno de ellos en sus manos un pliego en el que conjuntamente con la noticia del desaire recibido, se comentan los desaciertos del Gobierno, sus propósitos de absorción, su deslealtad para con sus buenos servidores y alguno de esos otros tópicos que nunca faltan en tan calculados documentos... Quizá alguna pérfida insinuación se desliza también en sus últimas líneas.

¿Qué más necesitan? El agravio recibido es grande, el despecho que les ocasiona mucho mayor. (*Movimientos.*)

La voz del amor propio herido, de la ambición frustrada, vibra en su interior y fácilmente se confunde con la voz de la conciencia.

El recuerdo de un precedente fatal asalta su memoria: la distancia que separa el puente de sus naves del solio presidencial no es insalvable. (*Agitación contenida.*)

Un siniestro pensamiento cruza por sus cerebros enardecidos ya por la venganza y la ambición. Saben que son fuertes, que pueden deliberar... y deliberan. (*Aclamaciones generales.*)

Aquella misma noche encontraron complicidades que cedieron al halago ó á la violencia. Al amanecer leván ancla y enarbolan el estandarte de la rebelión.

En dos días más sus naves enfrentan á Iquique, en donde la caja de la nación está indefensa. Se apoderan fácilmente de ella: ya tienen dinero. (*Aplausos contenidos.*)

A un paso más encuentran en el desierto quince mil hombres vigorosos, dispuestos siempre á toda aventura, hombres esencialmente guerreros, deseosos de novedad, que anhelan el combate porque ese es su natural elemento: ya tienen soldados. (*Grandes aplausos.*)

¡Treinta millones de pesos, la armada en su poder, y un ejército á sus órdenes! La revolución está triunfante y la patria por segunda vez vencida. (*Salvas de aplausos, agitación prolongada en la Asamblea, interrumpen al orador.*)

¡Quiera Dios, señores, que estas visiones del porvenir no sean hijas de la meditación tranquila de un hombre de Estado, sino del delirio de una imaginación enfermiza! (*Sensación.*)

Permitidme ahora un recuerdo revelador. Uno de los constituyentes del 33, presentaba un día los manuscritos de nuestra gran Carta al poderoso genio que había sido su inspirador, y como le preguntara que á cuál de sus disposiciones daba mayor importancia:—«A una que falta», le contestó Portales, y escribió de su puño: «La fuerza pública es esencialmente obediente. Ningún cuerpo armado puede deliberar». (*Grandes aplausos.*)

Así calificaba, señores, aquel gran ciudadano la importancia del artículo 148 de nuestra Constitución Política. Esta fué la

única huella que la propia mano de aquel notable estadista nos dejara en ese memorable documento. (*Aplausos generales.*)

Esta fué la máxima favorita de toda su vida y que selló con su sangre, en el mismo sitio en que 58 años después, su grande obra había de ser herida de muerte por los mismos que se decían los continuadores y herederos de su política y de su nombre! (*Entusiastas manifestaciones que se suceden calurosas.*)

Pero hay todavía, señores, otra consagración más alta si cabe, de esta prescripción constitucional, sellada también con un sacrificio inmenso: la del antiguo ejército de Chile. (*Agitación en la Asamblea.*)

Educado en la escuela de nuestras grandes tradiciones nacionales, al pronunciarse el movimiento revolucionario del 91, no tuvo ese ejército sino un solo pensamiento, el de cumplir con su deber; un sentimiento único, el de su dignidad y honor, y como invariable línea de conducta, la obediencia incondicional á la autoridad, á la Constitución y á la ley. (*Grandes y repetidos aplausos. Vivas al ejército y al orador.*)

Fué leal á su Gobierno y á su conciencia militar, y si succumbió en los campos de batalla, lo hizo envuelto en su bandera, en holocausto á su pasado de glorias y en defensa de la patria y de sus instituciones. (*Nuevas aclamaciones y vivas interrumpen al orador.*)

Ha caído como bueno, peleando por la más noble y generosa de las causas, más grande en su derrota que cuando, de vuelta de cien victorias, nos trajera entre los pliegues de sus estandartes vencedores, la humillación de dos naciones enemigas y un botín que mayor no recuerdan los anales huma-

nos. (*Entusiasmo indescriptible. Vivas al ejército que se renuevan por largo rato.*)

Si hubiéramos de creer como nuestros adversarios, que el éxito todo lo justifica, que sus fallos son inapelables y que éstos entrañan siempre el veredicto de la justicia, la Patria estaría hoy irremisiblemente perdida. (*Honda sensación*).

Pero el éxito humano, señores, es á menudo un hecho brutal, un resultado fortuito que frecuentemente nos presenta la historia coronando los grandes crímenes y exaltando á la apoteosis á los que ella, con austero fallo, entregará poco después al ludibrio de los hombres. (*Bravos y aplausos prolongados. Agitación en la sala*).

Y en cambio ¡cuántas veces esa misma historia nos ofrece el severo ejemplo de la justicia avasallada, de la grandeza humana abatida, del heroísmo derribado y de las grandes causas, triunfantes al fin: pero sometidas en su escabroso camino á la prueba del fuego ó del martirio! (*Aclamaciones renovadas por largo tiempo*).

Yo entrego nuestra causa, señores, á su formidable veredicto. A nombre del Ejército de Chile apelo á ese supremo tribunal, y tengo profunda fe en que, disipada la atmósfera envenenada que nos envuelve, restablecido el equilibrio moral hoy perturbado; cuando las pasiones, los intereses, el orgullo, las ambiciones menguadas de la hora presente, se hayan desvanecido conjuntamente con los que los sustentan, en el océano del tiempo y del olvido, ese tribunal declarará que nuestro Ejército hoy por segunda vez ha merecido bien de la Patria. (*Nuevas manifestaciones y vivas. El ejército es aclamado repetidas veces*).

No se me oculta que estas tardías compensaciones, provocarán hoy el desdén y la burla de los que sólo han vinculado su existencia á la satisfacción de sus pasajeros y materiales goces é intereses; pero ella servirá de inmenso alivio á esos generosos soldados que al ingresar en la noble carrera de las armas, buscaron para sus vidas un más puro y vasto horizonte, una bendición para sus tumbas, un porvenir de respeto para sus hijos y la inmortalidad para sus nombres. (*Aplausos y vivas prolongados*).

Excusadme aún, señores, una última consideración que llevará quizás una profunda tristeza á vuestros ánimos; pero que contribuirá á dar su fisonomía entera al viejo Ejército de Chile. (*Profunda ansiedad*).

Cúpome el honor de seguirle de cerca en los campos de batalla, y os aseguro que al verlo lanzarse y arrollar á su paso las líneas enemigas, salvar sus trincheras, romper sus inexpugnables baluartes y al grito de *¡Chile y Victoria!* clavar sus ensangrentadas banderas en las alturas de Tacna, de Arica, de Chorrillos; en los reductos de Miraflores y en la cumbre del Misti, un supersticioso respeto se apoderó de mi espíritu, y un patriótico orgullo me hizo desde entonces doblemente caro el nombre de chileno. (*Grandes y renovadas aclamaciones. Vivas al Ejército leal*).

Pero ni aquella incomparable bravura, ni aquel heroísmo sin nombre en el combate, ni su moderación y templanza en la victoria, reconocidas por sus propios enemigos, han colmado mi asombro, como la grandeza de alma que le hemos visto desplegar ahora en su infortunio. (*Profunda sensación*).

Dos largos años de tenaces persecuciones, de venganzas

implacables; los rigores de las cárceles y del destierro, el saqueo de sus hogares; la desnudez, el hambre de sus familias; todos los dolores juntos, no han sido parte para arrancarle su dignidad, ni abatirlo en su desgracia. (*Estallidos de aplausos*).

Tranquilo, sereno, confiado siempre en la justicia de su causa, sin pedir jamás consejo á la desesperación, fija la mirada en el porvenir, ha sobrellevado su enemiga suerte con noble resignación, con una entereza de ánimo de que la historia no ofrece parecido ejemplo. (*Se repiten los aplausos y las aclamaciones al orador y al Ejército*).

En la próspera suerte son relativamente fáciles el valor y la virtud; pero en la adversidad, señores, cuando los acontecimientos y los hombres se conjuran en contra nuestra, cuando hay que luchar á brazo partido con una fortuna contraria é injusta, hasta el propio suelo que pisamos parece que nos falta debajo de los pies; cuando el amor, la amistad, la compasión, todo nos abandona y no vemos en nuestro derredor sino una naturaleza airada que nos circuye como con un aro de hierro, entonces, casi todos sucumben. Los unos, inexper- tos en la lucha de la vida, al peso de su natural debilidad; pero los otros,—y estos son los grandes caracteres,—trabajan, resisten, reconcentran todos los vigores del sér; buscan en los repliegues más ocultos de sus almas, esas energías supremas que acusan la grandeza de nuestro origen, y triunfan ó caen; pero en todo caso exaltando á sus últimos límites la dignidad humana y dejando en pos de sí un reguero de luz, á cuya dulce claridad la posteridad descubre su inocencia conjuntamente con la perversidad de sus victimarios! (*Grandes acla-*

maciones. *La asamblea se pone de pie vivando al señor Vicuña*).

A ese último y noble temple pertenecen los Velázquez, los Gana, los Amengual, los Fuentes, los Camus, los Arrate, los Carvalho, los Pinto, y toda esa legión de leales que aclamará la posteridad como el Gran Ejército de Chile. (*Entusiasmo indescriptible. La agitación se prolonga en la asamblea, aclamándose á los jefes del Ejército y al orador. La asamblea continúa de pie*).

Yo me inclino respetuoso ante su abatida grandeza; yo que jamás supe rendirme ante los favores del poder ó de la fortuna, me doblo sumiso ante ese gran infortunio y hago votos al cielo por que si alguna vez mi patria es amagada por enemigo extranjero, encuentre para la defensa de su seguridad y honor, un ejército que se parezca al que hoy es injustamente objeto de tan inmensa ingratitud. (*Explosión de vivas y aplausos, que se prolongan por algunos minutos. Se renuevan las manifestaciones al Ejército con un entusiasmo indescriptible. Vivas al orador y á la Convención*).

.....

He llegado, señores, al término de este ya largo y fatigoso discurso, en el que he procurado corresponder en la medida de mis fuerzas, al altísimo honor que me ha dispensado el Directorio Central [de nuestro partido, al designarme como portavoz é intérprete de sus convicciones y sentimientos.

Réstame sólo someter á vuestra deliberación, las conclusiones que compendian los diversos puntos que he desarrollado en mi exposición.

Estas son:

1.º El orden público es condición esencial del progreso de un país y el medio más seguro y eficaz para afianzar sobre bases sólidas sus libertades públicas, el funcionamiento regular de las leyes y el desenvolvimiento gradual de las reformas que aconseja la experiencia.

El derecho de resistencia sólo es legitimado en circunstancias excepcionales y perfectamente calificadas, esto es, cuando la autoridad, saliendo del dominio público que es su esfera de acción propia, invade el dominio privado, atentando contra la vida y la propiedad de los ciudadanos; el honor y la paz de las familias ó los derechos inalienables de la conciencia.

Ninguna de estas circunstancias ha podido legitimar la revolución iniciada el 7 de enero de 1891.

2.º El precepto que consagra nuestra Carta Fundamental, en su artículo 148, que prescribe á la fuerza pública ser esencialmente obediente y prohíbe deliberar á todo cuerpo armado, ha sido interpretado por nuestro antiguo y leal Ejército, durante el período revolucionario iniciado el 7 de enero de 1891, en conformidad con el deber y el honor militares, con el patriotismo más austero, y con las tradiciones de orden y de lealtad que habían constituido su mayor prestigio y gloria.

Es un deber nacional ampararlo hoy en su desgracia, y la primera aspiración de nuestro partido, la de promover por todos los medios legales y de opinión que estén á nuestro alcance, la completa reparación de su dignidad, la de restablecerlo en sus grados y jubilaciones adquiridos, y la de devolverle sus antiguos estandartes y banderas, emblemas de nuestro engrandecimiento nacional y completa garantía de la seguridad y porvenir de nuestra Patria. (*Profunda agitación.*

El Presidente de la asamblea y toda la Mesa Directiva se acercan á felicitar al orador. Todos los representantes del antiguo Ejército presentes en la reunión llegan á la tribuna á felicitar al señor Vicuña. La sala, de pie, lo aclama unánimemente).





